

## CAPITULO VIII.

### La prision.

Pálida, triste y abatida, sentada en una humilde silla, apoyado el codo de su torneado brazo en una pobre mesa, y reclinada la hermosa cabeza en la palma de su blanca mano, se ve á una jóven sola y sin consuelo en medio de una lúgubre pieza.

De sus apacibles y azules ojos ruedan abundantes lágrimas que descienden por su melancólico semblante, como otras tantas gotas de rocío por el suave pétalo del apacible lirio. Sus virginales labios, humedecidos por su propio llanto, se abren suavemente para exhalar en hondos suspiros la encerrada pena que le oprime y desgarr

el pecho: un vestido blanco, de elegante hechura, aunque sencillo, envuelve las redondas formas de su flexible cuerpo, gentil como la palmera de los trópicos, y flexible como el mimbre de los rios.

Una vela colocada en una palmatoria de laton, arde sobre la mesa en que está apoyada, enviando una luz opaca y moribunda por aquel recinto, cuyas descascaradas paredes denuncian los extragos del tiempo y la incuria de los hombres. Una cama, bastante decente y cómoda, ocupaba uno de los rincones del cuarto, y otra silla colocada al lado de ella, completa todo el adorno de aquella reducida habitacion, que no recibe de dia otra luz que la que entra por una estrecha y alta ventana, abierta cerca del techo, y asegurada con rejas de fierro.

La puerta única que tenia comunicacion con el lúgubre recinto que describimos, era de madera de cedro, tosca y gruesa, y se encontraba cerrada por fuera con llave y duros cerrojos.

Al ver á aquella jóven, hermosa como el ensueño de la felicidad, melancólica y apa-

cible como los dulces recuerdos de la infancia, blanca y misteriosa como el tibio rayo de la luna que penetraba en aquel instante por las espesas rejas de la alta ventana, envuelta en su cándido ropaje, revelando en su frente la pureza de los ángeles, y en su dulce mirada la resignacion de los mártires, cualquiera le hubiese creído el númen de la esperanza, vislumbrando al través de los tiempos la angélica felicidad reservada tras luengo padecer, á la virtud.

Todo respiraba allí tristeza y dolor.

Nada interrumpia el silencioso recogimiento de la hermosa.

La vela, ardiendo abandonada, ostentaba un enorme pávilo que hacia opaca y pavorosa la escasa luz que despedia, dejando envuelto en vagarosas sombras los ángulos de la pieza.

Tan bella, y en aquella actitud dulce y meditabunda, en medio de la soledad y del silencio, semejaba la melancólica jóven á la compasiva Oki, diosa encargada de la custodia de los muertos.

De repente exhaló un suspiro, levantó la

cabeza lánguidamente, elevó al cielo los ojos bañados en lágrimas, y exclamó con el acento mas tierno y doloroso.

—¡Si has dispuesto que sufra, Dios mio, dame fuerzas para soportar el peso de mi desgracia y preferir la muerte á la deshonor....! ¡No me retires tu proteccion, para que cuando te dignes sacarme del poder de mi enemigo, me encuentre digna del amor del hombre que idolatro....! ¡Ah!... ¡cuándo le volveré á ver....! ¡cuándo podré calmar la inquietud en que sin duda se encuentra su alma desde que me arrancaron de su lado....! ¡Tal vez no ha podido soportar el dolor....! ¡Tal vez ha muerto de pesar....! ¡Me amaba tanto....! ¡Morir él....! Pero no... ¡no mata el pesar cuando vivo yo....! ¡yo que sufro como ninguna otra mujer sufre en la tierra....! ¡Arrancada violentamente de la casa de mis padres....! ¡separada del sér que amaba y amo mas que mi propia vida....! ¡encarcelada bajo el poder de un hombre que proyecta mi deshonor....! ¡Sedienta de agua, porque temo que en ella me sirvan mi infamia....! ¡Oh....! sí....

¡mi situacion es espantosa....! Pero naeí mujer.... ¡y la mujer está visto que nació para padecer....! ¡para ser el blanco de las asechanzas del hombre malvado que se cree con derecho para que le amemos, para que no opongamos resistencia á sus deseos.... para que seamos sus siervas.... sus esclavas....! ¡La mujer....! ¡Débil flor colocada en el desierto arenal del mundo, no tiene derecho ni aun para inclinarse al sol que adora, al sol que le dá vida, porque el primer viajero que la codicie, la arrancará sin piedad de aquel delicioso sitio en que vivía por su amor y para su amor....!

Y los suspiros embargaron la voz de la infeliz.

Sus hermosos ojos que habian estado fijos en el cielo, se inclinaron al suelo llenos de lágrimas, que rodaron blandamente sobre su blanco vestido.

—¡Oh! ¡yo me muero de sed....!—Añá dió despues de un instante de silencio.— ¡Dos dias sin acercar á mis secos labios una gota de agua...! ¡Sí.... dos dias....! ¡porque en la que me han servido he temido

encontrar la infamia....! Pero ¡ah....! ¡la sed es el tormento de los condenados....! ¡Qué haré, Dios mio, para mitigarla! ¡En vano, devorada por su abrasador fuego, me he subido á esa ventana para pedir un poco de agua...! ¡Nadie me ha visto...! ¡estoy separada del mundo! ¡y nadie, por lo mismo, sabe que muero con las entrañas secas por la sed....!

Y el llanto volvió á correr por su pálido semblante hasta descender á sus secos y sedientos labios.

Poco á poco su dolor fué dulcificándose bajo lo influencia de la religion y de la esperanza.

Las lágrimas fueron siendo menos abundantes.

Los sollozos menos continuos.

Su respiracion menos agitada.

Pasados algunos instantes, todo volvió á quedar en un sepulcral silencio.

Parecia que la jóven habia dejado de padecer, y que un consuelo divino, el de la oracion, embalsamaba su alma.

Y es que la mujer supera al hombre en

resignacion, en fuerza moral y en abnegacion.

El ruido de una llave y de varios cerrojos, hirieron en aquel momento el oido de la presa que se estremeció, á su pesar, y se puso pálida como la muerte.

Sus ojos se fijaron espantados en la puerta, que permanecia cerrada.

Su corazon latió con fuerza dentro del pacho, y un frio glacial discurrió por todos sus miembros.

Poco despues la puerta giró sobre sus goznes dando entrada á una mujer como de cuarenta años, robusta, de aspecto severo, de facciones toscas y de bruscos modales.

Su trage y su fisonomía indicaban, á primera vista, que no habia nacido en el mundo descubierto por Colon.

Era de rostro ancho y colorado, de mejillas redondas y encarnadas, de nariz gruesa y algo arremangada, de ojos claros, vivos y pequeños, de boca grande y delgados labios; sus dientes eran grandes y separados, y su frente chica y poco noble.

Cubria su cabeza una cófia, por debajo

de la cual se le asomaban unos cuantos cabellos azafranados: llevaba un vestido de indiana café con flores blancas, cerrado hasta el pescuezo, de manga corta, de poco vuelo y que apenas le llegaba á la garganta de los piés.

Estos, que eran de grandes dimensiones y algo metidos hácia adentro, los llevaba calzados con zapatos de orillo de gruesa suela. Un delantal blanco y limpio, con enormes bolsillos, pendia de su ancha cintura, y un pañuelo de algodón de listas cubria su cuello. Sus brazos eran gruesos y nervudos, pero mal formados; sus manos grandes, coloradas y ásperas, y todo su cuerpo tosco y mal formado.

— Buenas noches:— dijo dulcificando, cuanto le fué posible, su acento naturalmente brusco:—Aquí le traigo á vd. la cena.

—¡La cena....! contestó la jóven retirándose un poco de la mesa para que la carcelera pusiese sobre ella el mantel.—¡Mas valiera que me dejasen morir, que alimentarme para pasar una vida de penas y de llanto....!

—Vamos, niña—dijo la mujer en mal castellano y con acento extranjero.—No se deje vd. dominar por esas ideas. ¡Desear la muerte.... Y todo, ¡por qué! Porque no está vd. al lado del hombre que amaba.... Pero ¡no está vd. en cambio al lado de otro que se muere por vd. ....?

—¡Willey....!

Exclamó la jóven horrorizada.

—¿Se estremece vd? Pues no tiene vd. motivo para ello. Estoy segura de que el otro no le amará á vd. como le ama el doctor. ¡Vamos, vd. puede ser muy feliz aún, si quiere serlo!

—¡Feliz cuando me han separado de todas las personas que constituian el bien supremo de la vida....! ¡Ah! ¡no me hable vd., por favor, de felicidad, cuando gravita horriblemente sobre mí el peso de la desgracia!

—¡La desgracia....! Eh, la desgracia no es tan grande como vd. la supone. Si vd. trata al doctor con menos aspereza de la que le ha tratado hasta aquí, estoy segura de que en vez de este oscuro y estrecho cuarto, tendrá vd. una suntuosa casa, ex-

pléndidamente adornada, rico carruaje y diversiones sin número. ¡Vamos!—añadió acabando de poner la mesa;—reciba vd. mi consejo.... un poco de amabilidad con él.... un poco de ternura, y le tendrá vd. mas manso que un cordero.

—¡Nunca....!

Exclamó con dignidad la jóven.

—¡Vamos, piénselo vd. bien....! Yo le dejo á vd. sola para que cene y lo medite.

—Lo he meditado ya.

—Otro poquito mas.

—Es inútil.

—Lo entiendo. Me dirá vd. que le repugna, que le detesta, que le odia al hombre que trata de alcanzar por medio del rigor lo que no pudo por la voluntad. Convengo: al principio tendrá vd. que hacer violencia á sus principios, y que luchar contra su inclinacion, contra su conciencia quizá; pero yo le aseguro á vd. que esa repugnancia y esa antipatía duran solo los primeros dias, despues....

—En mí durarán cuanto durare mi vida.

Contestó la hermosa interrumpiéndole.

—Tanto peor para vd, querida jóven, tanto peor para vd.

—¡Ah, señora, nadie como vd. que pertenece á mi sexo, debe conocer el corazon de la mujer.

—Por lo mismo que le conozco, hija mia, sé que es dócil, capaz de la mayor abnegacion, de todos los sacrificios.

—¡Sí! ¡es verdad....! pero por las personas amadas.... por las personas que con sus nobles acciones se han captado nuestro aprecio.... se han atraido nuestra voluntad.... se han conquistado el amor de nuestra alma....!

—Tambien en la conducta del doctor hay su mérito; el amor sin límites hácia vd. que por todo atropella, que en nada se detiene, que allana los obstáculos: amor impetuoso y ciego que arrastra como un torrente cuanto se le opone al paso, pero que si se llega á ceder á él sin violencia, se convertirá en un dulce y tranquilo arroyo que se deslizará murmurando sobre un lecho de esmaltadas flores, y al cual podrá vd. dar la direccion que le convenga.

—¡Ah....! veo que se interesa vd. mas de lo que yo quisiera por ese hombre:—dijo la jóven con tristeza:—¡Que tiene vd. tanto empeño como él en que yo corresponda á su infernal pasion....!

—Ciertamente que sí: le debo al doctor, entre otras cosas, la vida, que me salvó de una enfermedad en que todos los médicos me habian desaucciado; le veo padecer sin descanso por vd., y quisiera que concluyesen sus tormentos.

—¡Y para que él sea feliz se me quiere sacrificar....!

—¡Qué quiere vd....! á él se lo debo todo; y de vd., hasta ahora, no he recibido mas que negativas y resistencia.

—¡Ah....! ¡cómo quiere vd. que capitule con mi infamia....! Si cierto es que nada me debe hasta hoy, yo le suplico que me saque de este sitio, y me deberá su porvenir y su fortuna....! ¡Sí.... porque mis padres son ricos, y nada le negarán á la mujer que les devuelve su hija....!

Y la jóven estrechó con vehemencia la

mano de su carcelera que se quedó mirándola sin saber qué responder.

—¡Ah....!—continuó la afligida jóven interpretando favorablemente aquel silencio.—¡No desoiga vd. la voz del desgraciado....! Su corazon de vd. es generoso.... ¡sí....! ¡las consideraciones con que vd. me ha tratado, me dicen que su alma es tierna y compasiva....! ¡justa y benévola....!

—Pero aun cuando así sea—respondió la mujer dominando en efecto un sentimiento de compasion, extraño en ella:—¿qué puedo yo hacer por vd....? Nada.... nada mas que compadecerla. Obrar de otra manera, seria faltar á la confianza que ha depositado en mí el hombre que me salvó la vida.

—Pero....

—Nada.... nada:—replicó revistiéndose de severidad, y desviando de la suya la mano de la jóven.—Yo le aconsejo á vd. que venza su repugnancia.... que corresponda al cariño de Willey, y que al labrar la felicidad de él, labre vd. la suya propia. Adios.

Y sin esperar á que la jóven le contestase, salió de la pieza cerrando tras sí la puerta, y echándole la llave y los cerrojos.

La infeliz presa conoció que no tenia otro amparo que el de Dios.

Comprendió que ningun favor debia esperar de aquella mujer que era ciega ejecutora de las instrucciones del doctor.

Cierto es que no le trataba con la aspereza de una carcelera; pero ¿de qué le servia su mayor amabilidad, si en cambio trataba con sus diarias amonestaciones al llevarle la comida, de convencerla á que correspondiese al amor de su infame raptor....?

Por eso nunca se habia atrevido á hacerle ninguna pregunta con respecto al recelo que abrigaba de que en el agua que le llevaban le servian su deshonra.

Le abrasaba una sed devoradora; pero la sufría sin quejarse para no despertar sospechas que empeorasen su lamentable situacion.

Al verse sola, la infeliz se acercó á la mesa; pero en vez de servirse de lo que iba en los platos, se abalanzó sobre una botella

de bruñido cristal que hacia mas apetitosa el agua cristalina que contenia.

A la vista del precioso líquido, su sed pareció aumentarse; sus secas fauces se pegaron al paladar, y la resequedad de sus labios se hizo extrema.

La jóven estuvo contemplando con imponderable avidez aquella agua deliciosa de la que, por cada gota hubiera dado diez años de su vida.

Ansiaba acercarla á sus labios como el febricitante el hielo que refresque su abrasada boca; pero le contenia el temor de beber en ella su deshonra.

Habia leído que en circunstancias iguales á las suyas, se habian valido otros del narcótico vertido en el agua para triunfar infamemente de la virtud de sus víctimas, y temió que el doctor se hubiese valido de aquel reprobado medio para conseguir sus inícuos fines.

Pero su sed era cada vez mas fuerte.... cada vez mas intensa....

Cierto es—pensaba la infeliz—que otros se han servido de los narcóticos; pero ¿quie-

re decir esto que todos hayan echado mano de ellos para triunfar de la virtud....? ¿Al lado de los primeros no habia otros mil casos en que habian remitido á los padecimientos y al tiempo la capitulacion de sus víctimas....? ¿Por qué no seria ella una de las últimas....?

Este raciocinio que halagaba su deseo y su necesidad, le infundió alguna confianza.

Ansiaba beber para refrescar sus abrasadas entrañas, que parecian devoradas por un fuego abrasador.

Hasta el dia anterior habian caido de noche fuertes aguaceros, y subiéndose á la ventana, provista de una taza que habia logrado ocultar, pudo satisfacer su imperiosa necesidad, despues de arrojar por la misma ventana el agua que contenia la botella, para que creyesen que la habia bebido.

Pero hacia ya dos dias que el cielo estaba sereno: dos dias que no acercaba á sus labios el precioso líquido....

Su lengua estaba enteramente blanca.

Sus labios pálidos y secos.

La jóven vaciló otro instanse entre el te-



mor y la ligera confianza que le habia halagado; pero su sed era insoportable, y su mano, apoderándose violentamente de la botella, llenó el vaso del cristalino líquido.

El ruido que hacia el agua al caer aumentó su ansiedad y su deseo de satisfacer su imperiosa necesidad.

Tomó el vaso con avidez, y al sentir en sus dedos el frio que el agua le comunicaba al cristal, brillaron sus ojos de placer.

Anhelante y ciega fué á apurar el anhelado contenido; pero al llegarlo á los lábios, se detuvo asustada, herida otra vez por el temor de que contuviese su perdicion.

Entonces se presentó á su imaginacion la odiosa figura de Willey, con su frenético y maldecido amor, con toda la deformidad de su crimen y de sus bastardos deseos; el sentimiento y el dolor de su amante al verla envilecida; y por último, su vergüenza propia y su oprobio.

Pero era terrible renunciar al placer de calmar la sed que le consumia.

Tenia en su mano, cerca de sus lábios, el remedio á sus padecimientos físicos.... Pa-

ra renunciar á la dicha de saciar su devoradora sed, no tenia mas que una sospecha, pero no una conviccion.... ¿Qué hacer...?

La necesidad empezó á triunfar de los recelos....

La jóven llevó á sus secos lábios el anhelado líquido....

La frescura del agua excitó mas su ansiedad....

Su razon declinó sus fueros al imperio de la exigente naturaleza....

¡La infeliz bebió....!

Pero como si despertase de repente al grito de su honor amenazado, detuvo el agua en la boca, y horrorizada de lo que le podria acontecer en caso de contener el agua algun narcótico, la arrojó al suelo sin llegar á tragar ni una sola gota.

—¡Antes morir que poner en peligro mi honor....!

Exclamó con resolucion heróica, y antes de que se viese obligada á sostener nueva lucha entre su necesidad y sus temores, quitó cuanto habia sobre la mesa, colocó ésta debajo de la ventana, puso sobre ella

una silla, y subiendo en ella arrojó á una pequeña pradera todo el líquido que contenia la botella.

Entonces dirigió los ojos hácia unas casas bajas que se descubrian enfrente, y á favor de la luna, descubrió á una hermosa mujer que se hallaba sentada en la puerta de su modesta vivienda.

La vista de una persona de su sexo, reanimó la esperanza de ser socorrida; y alentada con esta idea, bajó á coger la vela que ardia en la palmatoria, y poco despues se volvió á presentar con la luz en la ventana, haciendo señas de que tenia sed.

La mujer, que no era otra que la preceptora Amalia, al fijar la vista en la luz y en la jóven, corrió, como hemos visto en otro capítulo, á comunicar aquel acontecimiento á su vecina Elisa.

El lector sabe el interes que despertó en el noble corazon de la excelente maestra la presencia de la hermosa presa, y cómo se apresuró á proporcionarle el agua que le pedia.

La desdichada jóven, al recibir el crista-

lino líquido se apartó de la reja, y apuró de un solo trago cuanto tenia la botella, sintiendo renacer su fuerza y su vigor, como las secas flores recobran su lozanía y el brillo de sus preciosos pétalos al benéfico rocío de la aurora.

Satisfecha su primera necesidad, volvió á bajar la cuerda suplicando que le envasen mas agua, como lo hicieron, juzgándola ya loca.

La presa, al recibir por segunda vez el precioso don, lo vació en la taza que tenia oculta; y cuando vió que la preceptora, despues de despedirse de Elisa, se dirijia hácia su vivienda, volvió á bajar la botella, y dando las gracias por el inapreciable favor que se le habia hecho, bajó de la ventana antes que alguno entrara y la sorprendiera, quitó la silla, colocó la mesa en el sitio de costumbre, puso los platos en el orden que los habia dejado la carcelera, se sentó mas tranquila, comió alguna cosa, y remitió á Dios la defensa de su virtud.

La carcelera, entre tanto, habia abierto

el balcon que daba á la calle y permanecia en él en espera de alguna persona.

Era la misma noche en que el doctor Willey trató de deshacerse de su contrario Nuñez, cuando éste salió del concierto.

La ciudad descansaba en profundo silencio, las puertas de los zaguanes estaban cerradas, y luz ninguna se veia al través de las ventanas de los edificios.

El reloj marcó una hora avanzada, y la mujer hizo un gesto de impaciencia.

—¡Cuánto tarda el doctor!—dijo dirigiendo la vista á la esquina de la calle.—¡Si le habrá sucedido algo....! ¡Se encuentra tan retirado este barrio, y hay tan mala gente! ¡Y empeñado en venir tarde para que nadie le vea entrar á ver á su encarcelada....! ¡Pero hoy tarda mas que otras veces! ¡empezo á temer una desgracia....!

El bulto de un hombre apareció en aquel momento al desembocar la calle.

La que esperaba abrió cuanto pudo los ojos para ver quién era.

El bulto se fué aproximando á paso veloz.

—¡El es....!

Dijo poco despues la que esperaba.

El hombre se acercó hasta llegar debajo del balcon, y se detuvo mirando á la que estaba en él.

—¿Eres Eugenia?

Dijo en voz baja desde abajo.

—Sí, señor Willey, yo que estaba con cuidado al ver que se tardaba vd. mas de lo acostumbrado.

—¿Están durmiendo todos los de la vecindad?

—Todos.

—¿Y la casera Doña Anita?

—Tambien la casera.

—Pues descuelga la escala para que suba sin que nadie advierta mi llegada.

—Allá va.

Dijo la mujer, y dejó caer una escala de cuerda despues de afianzarla en el balandal.

El doctor subió por ella con asombrosa prontitud, y penetró en la sala cerrando tras sí el balcon.

—¿Y la hermosa Luz?

Preguntó al entrar.

—En su prision.

—¿Le llevaste de cenar?

—Sí señor.

—¿Y echaste en el agua mas dosis de narcótico que otras veces?

—La que vd. mismo me señaló.

—Bueno: en ese caso hoy es imposible que salga fallido mi deseo.

—Lo mismo ha dicho vd. las noches anteriores, y lo cierto es que el narcótico no le ha hecho efecto ninguno; sin duda estaba acostumbrada á tomar ópio, ó su naturaleza es mas fuerte que la de todos.

—Muy bien puede ser lo primero.

—Pero ¿qué tiene vd. en la mano?—exclamó la carcelera fijando la vista en su interlocutor.—¿La trae vd. llena de sangre...! ¿Ha tenido vd. algun duelo? ¿Se ha tenido vd. que defender de algun asesino?

—Nada.... no es nada....—Contestó el doctor tratando de disimular su conmocion.—Voy al cuarto de la hermosa Luz, para ver si hoy soy mas feliz que los dias anteriores.

Y Willey, temiendo que le hiciese nue-

vas preguntas la curiosa mujer, se alejó; al instante, y se dirigió al cuarto de la desventurada presa, acariciando la esperanza de ver premiado su amor.

—¿De qué será esa sangre?—Pensó para sí la carcelera al ver marchar á Willey.—No; pues algo debe haberle pasado esta noche al doctor, porque no ha venido muy tranquilo. ¿Habrá tenido algun encuentro con algun enemigo personal, y le habrá matado....?

Y la mujer quedó pensativa.

En cuanto á nuestros lectores, todos saben que Willey no habia tenido aquella noche otra escena que la que él mismo habia dispuesto esperando á Nuñez en el callejon de Mecateros para asesinarle.

El lector vió allí vibrar un puñal y casi á la vez escuchó la detonacion de una pistola.

¿Qué habia, pues, sucedido?

El doctor, como acabamos de ver, llegaba á su casa sin haber sucumbido, y con la mano tinta en sangre.

¿Qué habia sido de Nuñez?